



el mar entrar vituallas ni socorros á los cercados. Los reales de los naturales barrearón do al presente está el convento de San Vicente; en los de los extranjeros despues se edificó el monasterio de San Francisco: sitios que en nuestra edad están el uno y el otro comprendidos dentro de la ciudad. Hobo muchos encuentros y varios trances. Los nuestros peleaban fuertemente por extender su imperio, los enemigos por las vidas. Batieron los muros de la ciudad por muchas partes: alargábase el cerco; últimamente, el día de San Crispin y Crispiniano, resueltos de dar asalto general con grande esperanza de forzar aquella ciudad, ordenadas las haces, habló el rey D. Alonso á los suyos desta manera: «No penseis, amigos, que esta empresa se endereza á combatir una sola ciudad, ántes os persuadid que en una plaza tomáis á todo Portugal. Aquí está el dinero de los enemigos, que nos será de grande importancia para la guerra: aquí los trabucos, ingenios y toda suerte de armas. Esta es su fortaleza, su granero, su tesoro, en que tienen recogidas todas sus preseas y almacén. Los enemigos son los mismos que tantas veces vencistes en las guerras pasadas, del mismo esfuerzo y industria, sino que las compañías de ciudadanos son más á propósito para los ejercicios de la paz y para sus granjerías, que para menear las armas; ellos mismos se embarazarán en la pelea: soldados en la ciudad hay pocos, y esos con el cerco continuo de cinco meses, muy cansados y en pequeño número. Atreveos, pues, á vencer, y con el denuedo y esfuerzo á vos acostumbrado, acometed los muros de la ciudad derribados por tantas partes. Entrad por las ruinas y piedras; ninguno podrá hacer contraste á vuestro valor.»

Dicho esto, todos á una voz pidieron la señal de acometer: dada, arremetieron á la ciudad y á las murallas: lo que hacia mucho al caso para inflamar los soldados, el mismo rey

estaba presente como testigo y juez del esfuerzo de cada cual. El combate fué bravo y sangriento: los nuestros pretendian arrimarse á los muros y forzillos; los cercados tiraban todo género de armas y piedras, sin que alguna cayese en balde, por estar tan cerrados los soldados. Por conclusion, quebrantada la puerta que se llama del Alhama, entraron en la ciudad: la matanza fué grande, y la sangre que se deramó; los que se rindieron, tomaron por esclavos: el saco se dió á los soldados, que fué mayor de lo que se pensaba. Consagraron la mezquita mayor, segun era costumbre, y nombraron por obispo á Gilberto, hombre aunque forastero pero de mucha erudicion y conocida virtud. Tomóse la ciudad de Lisboa á veinticinco de Octubre; otros dicen á veintiuno.

En el lugar mismo en que tenian los reales, el rey á sus expensas edificó un monasterio de canónigos reglares de San Agustín, con nombre de San Vicente, por tener particular devocion á este santo, y para que juntamente por el nombre fuese memoria de aquella tan señalada victoria. Gran número de soldados extranjeros se aficionaron á la abundancia de Portugal, y á la hermosura, templanza del aire, que tiene el invierno templado, y el estío, por los continuos embates del mar, no muy caluroso. Éstos, determinados de hacer su morada en aquella provincia, y trocar sus patrias con Portugal, se dice, que por permission del rey D. Alonso, edificaron á Almada, Villaverde, Arruda, Zambuya, Castañeda con otros pueblos. El rey, en prosecucion desta victoria, con increíble felicidad ganó de los moros á Alanquer, Obidos, Ébora, Yelves, Mura, Serpa, Beja y otros pueblos y villas por toda aquella comarca; todo se allanaba y parecia ser fácil á su esfuerzo y valor; verdad es que la mayor parte de estas cosas sucedieron algunos años adelante. Volvamos á nuestro camino, y al orden de la historia que llevamos.

## CAPÍTULO LXX

### Cómo se halló el cuerpo de San Eugenio.

En el tiempo que estas cosas se hacian en España, Eugenio, pontífice, tercero de este nombre, sucesor de Lucio segundo, natural de Pisa y de la orden del Cistel, gobernaba bien y prudentemente la Iglesia romana. Las cosas de los cristianos en la Tierra Santa parecian empeorarse. Estaba en gran parte apagada y menguada la fortaleza militar de los de Lorena: como algunos animales y semillas, así bien, los ingenios de los hombre; con el cielo y tierra diferentes, y en particular con la longura del tiempo, degeneran y se estragan. Los bárbaros, que por todas partes los cercaban, tenian puestas las cosas de los cristianos en gran aprieto y peligro. Balduino, tercero deste nombre, hijo de Fulcon, rey de Jerusalem, por sus pocas fuerzas y por la flaqueza de su edad, no era suficiente para tan grande carga. El pontífice Eugenio, movido deste peligro, y encendido del amor de la cristiana religion, en Francia, donde para esto fué en persona, no cesaba de animar á los príncipes cristianos, y exhortallos acudiesen con sus fuerzas á la guerra sagrada. Movió al emperador Conrado y á Luis, rey de Francia, para que con muy buenas gentes partiesen camino de la Tierra Santa.

Para salir mejor con su intento y adelantar estas prácticas, convocó concilio de todos los

obispos del mundo para Reims, ciudad principal de Francia, el año mil ciento cuarenta y ocho. Á este concilio partió D. Ramon, arzobispo de Toledo, desde España. Llegado que fué á París, que caia en el mismo camino, por devocion quiso visitar la iglesia de San Dionisio, que está dos leguas francesas de aquella ciudad, en un pueblo del mismo apellido del santo, y por estar en ella las reliquias de San Dionisio es de no menor devocion que celebre con las sepulturas de los reyes de Francia, y asaz embarazada. Allí, como mirase con curiosidad el edificio del templo y su hermosura, y con atencion pusiese la vista en cada una de las cosas que se ofrecian, acaso, ó advertido de los que le acompañaban, consideró en cierta capilla estas palabras grabadas en un mármol:

AQUÍ YACE EUGENIO, MÁRTIR, PRIMER  
ARZOBISPO DE TOLEDO.

Maravillóse primero deste letrado, por estar en España perdida del todo la memoria de San Eugenio, y no quedar rastro de cosa tan grande: revolvió diligentemente los libros de aquella iglesia y Memorias antiguas: halló que todo concordaba con la verdad.

Hecho esto, muy alegre con nueva tan buena, paaó al concilio de Rems, el cual despedi-





do y acabadas á su voluntad todas las cosas que pretendia, volvió á España con la alegre nueva de cosa tan importante, que hinchó de muy grande gozo los ánimos del rey y de los grandes, y de toda la muchedumbre del pueblo. Desta manera sucedió entónces este negocio: el monasterio Broniense, que está en los Estados de Flándes, en tierra de Namur, y tiene advocacion de San Pedro, pretende tener el cuerpo de San Eugenio: refieren aquellos monjes benitos que fué llevado el año novecientos veinte, á diez y ocho de Agosto, por engaños ó á ruegos de Gerardo, su fundador, desde San Dionisio á Bronio, do está aquel monasterio. Lo que se entiende es que le dieron una parte del sagrado cuerpo, que fué causa de persuadirse le tenían en su poder todo entero, como es muy ordinario en cosas semejantes. Comenzóse por entónces á procurar que las sagradas cenizas de San Eugenio volbiesen á Toledo; pero estas prácticas se estorbaron por las muertes que casi en un mismo tiempo sobrevinieron de la reina doña Berenguela y del arzobispo. La reina falleció el año siguiente de mil ciento cuarenta y nueve, y fué sepultada en la iglesia de Santiago, con quien en vida tuvo particular devoción.

Este año, desgraciado por la muerte de la

reina, fué más señalado por una lluvia de sangre que cayó en parte de Portugal y en el señorío de los moros. El año adelante de mil ciento cincuenta, miércoles, á nueve dias de Agosto, pasó desta vida el arzobispo Raimundo, quebrantado con la edad y con los trabajos de camino tan largo. Créese, más por conjeturas que por cierta memoria que haya, le enterraron en la misma iglesia mayor de Toledo. Sucedió en el arzobispado D. Juan I de este nombre, obispo á la sazón de Segovia, varon de grande ánimo y de conocida bondad. Desta manera procedian las cosas de Castilla. Por otra parte, el pontífice Eugenio confirmó el nombre y autoridad de rey á D. Alonso, que ya se intitulaba rey de Portugal, y á su ejemplo, pasados algunos años, Alejandro III de este nombre, hizo lo mismo por una bula que promulgó Alberto, cardenal y chanciller de la santa Iglesia romana: ambos pontífices por esta gracia le mandaron pagar cierto tributo á los papas en cada un año, Eugenio cuatro libras de oro, Alejandro dos marcos: tributo que no se sabe si en los primeros tiempos le pagó Portugal; en nuestra era y de nuestros antepasados siempre aquel reino se ha tenido por libre de todo punto y exento de semejante carga y pension.

## CAPÍTULO LXXI

Resúmen de la época.—Carlo-Magno y su siglo.—Lo que es un emperador católico.

En cinco ó seis nombres propios se resume casi toda la historia universal: Nabucodonosor, Ciro, Alejandro, Augusto, Constantino, Carlo-Magno. Quince siglos ántes del último, Nabucodonosor de Babilonia da principio á esta historia en la estatua misteriosa que le explica el profeta Daniel; estatua de cuatro metales, oro, plata, bronce y hierro; monarquía universal con cuatro dinastías, los asirios, persas, griegos y romanos; estatua que será quebrada y reducida á polvo por una piedra desprendida de la montaña sin mano de hombre; monarquía universal que, dividida entre sí, será destruida y reemplazada por un nuevo imperio no humano, sino divino, y que subsistirá para siempre. Ciro de Persia continúa esta historia, Alejandro de Macedonia prosigue la obra de Nabucodonosor y de Ciro. César y Augusto terminan la obra de Nabucodonosor, de Ciro y de Alejandro.

Esta obra consiste en reunir las principales naciones bajo un mismo dominio temporal, á fin de prepararlas al dominio espiritual de Cristo. Nabucodonosor, Ciro, Alejandro y los romanos trabajan en ella sin saberlo. Nabucodonosor, despues de haber adorado al Dios de Daniel, se hace adorar á sí mismo. Ciro, despues de reconstruir el templo de Jerusalem, adora á

la criatura, en lugar del Criador. Alejandro, despues de reconocer al verdadero Dios á la vista de Yaddo, se hace pasar por hijo de Júpiter. César y Augusto, bajo los que nace el Cristo, bajo los que se desprende esa piedra misteriosa que debe pulverizar esa grande estatua, consienten que se les dediquen templos y altares. Sus sucesores tiemblan y se unen contra el imperio naciente de Dios y de su Cristo; durante tres siglos se encarnizan para sofocarlos en sangre. Constantino termina la guerra contra Dios sometiéndose individualmente; pero el imperio romano, la grande estatua, permanece idólatra de sí misma, y políticamente anticristiana. Entónces los pueblos bárbaros acaban de castigarla, y el oro, la plata, el bronce, el hierro y la arcilla de la grande estatua, son pulverizados.

De estas ruinas surge un nuevo mundo, el mundo cristiano, del que Carlo-Magno es el jefe temporal. Nabucodonosor, Ciro, Alejandro y César Augusto nada comprendieron, y de lo que Constantino comprende á medias lo comprende todo Carlo-Magno, proclamándolo á la faz de los pueblos y de los siglos al encabezar sus leyes con estas palabras: *Reinando para siempre nuestro Señor Jesucristo. Yo, Carlos, por la gracia y la misericordia de Dios, rey de*